

Mariana Jochamowitz Nicolás Rivera

El lugar de los relatos

Estamos aquí. Donde la historia de nuestras vidas tiene lugar. En ningún otro sitio.
Marguerite Duras, *La casa, La vida material*^[uno]

Story-Time, de Mark Wigley, es como el chiste del ciempiés al que le preguntan con cuál pie empieza a caminar y, ante la repentina conciencia de su propio andar, se queda paralizado. El texto parece dejarnos inmóviles. «La arquitectura solo es un discurso sobre la construcción» y los arquitectos se encuentran sumergidos en un incesante parloteo de pequeños relatos y chismes, sentencia Wigley. En este caso, la parálisis viene por partida doble: nos quedamos inmóviles primero como arquitectos y, segundo, como arquitectos que tienen el encargo de responder a este texto —hacerle un aporte más a la cháchara, al *Story-Time*—. Pero, acogiendo las cualidades de cuentista que nos confiere Wigley, consideraremos el relato como forma del lenguaje, para repensar la manera en que hablamos de la arquitectura entre tanta cháchara.

Antes de internarnos en la tarea, será útil aclarar que esta reflexión es sobre el uso del lenguaje en la arquitectura, es decir, cómo hablamos y escribimos todos los que formamos parte de la disciplina. El lenguaje es, sin duda, uno de los componentes constantes e inseparables de la producción arquitectónica.^[dos] Dejemos claro, entonces, que no estamos hablando de la arquitectura como discurso —sugerencia de Wigley—, sino de los discursos que se producen en la arquitectura.

En la arquitectura, como Wigley señala, los relatos son innumerables y se han convertido en la moneda que intercambiamos diariamente. Sin embargo, es nuestra opinión que la gran mayoría de estos intercambios resultan ser malos en tanto relatos. Una de las cualidades de esta forma del lenguaje es su capacidad de ser precisa sin ser explicativa. Walter Benjamin, en su ensayo *El narrador*, escribe que los mejores narradores relatarán *lo extraordinario y lo prestigioso* con la mayor exactitud de detalle, pero sin necesidad de elucidaciones, siempre dejando abierta al lector la interpretación de la historia: «La mitad del arte de narrar radica precisamente en referir una historia libre de explicaciones» (1991).

«Pronto nos damos cuenta de que la cháchara de la arquitectura está compuesta, en gran medida, por relatos que intentan explicar los edificios».

Pronto nos damos cuenta de que la cháchara de la arquitectura está compuesta, en gran medida, por relatos que intentan explicar los edificios. La manera en que enseñamos a los alumnos a defender sus proyectos en las facultades de arquitectura, las

charlas sobre obras arquitectónicas o las publicaciones sobre edificios, son precisamente intentos por decir lo que es el edificio. Esta producción de malos relatos es consecuencia inevitable de lo que Wigley observa como la *gran narración* de la arquitectura: que los edificios hablan y que lo que cuentan es su propia explicación, inscrita en su materia por los arquitectos. Esta es una premisa que termina por producir relatos muy difíciles de sostener, ya que los edificios parecen no estar afiliados a sus explicaciones; o, en todo caso, lo que se dice sobre ellos parece nunca adherirse permanentemente a su *materialidad bruta*. Hace falta mucha maña para convencer, y a veces prevalece el relato que se dice más fuerte o con la cara más seria. De esta manera se multiplican los discursos, las discusiones y las peleas a muerte, mientras que, en simultáneo, perdemos credibilidad. Como bien dice Wigley, pocos les creen a los arquitectos.

Vale la pena, entonces, voltear la mirada sobre los textos, las charlas, las conversaciones donde los edificios aparecen menos esquivos. ¿Cuáles son los relatos en los cuales los edificios parecen estar más a gusto y menos dispuestos a eludir lo que se dice de ellos? Estos textos se encuentran por doquier en los libros que están fuera de la sección «Arquitectura» de las

[uno] El epígrafe, una cita o sentencia colocada al inicio de una obra escrita para indicar su idea o espíritu general, también se refiere a un texto corto inscrito en un edificio. El epígrafe en los edificios —que ha caído en total desuso— es el ejemplo máximo del edificio que porta un mensaje en su *materialidad bruta*. La inscripción de un texto sobre la superficie del edificio supone que este no puede decir el texto por sí mismo, pero sí le puede dar lugar y permanencia.

[dos] Adrian Forty, en la introducción de su libro *Words and Buildings* (2000), nos recuerda, citando a John Evelyn, que el arte de la arquitectura está personificado en cuatro facetas del arquitecto que operan en simultáneo: «First was *architectus ingenio*, the superintending architect, a man of ideas, familiar with the history of architecture, skilled in geometry and drawing techniques, and with a sufficient knowledge of astronomy, law, medicine, optics and so on. Secondly, the *architectus sumptuarius*, "with a full and overflowing purse" —the patron. Thirdly, *architectus manualis*, "in him I comprehend the several artizans and workmen". And fourthly, *architectus verborum*, the architect of words, skilled in the craft of language, and whose task was to talk about the work and interpret it to others.»

bibliotecas. En ellos, las historias no explican los edificios, sino que los habitan. Aquí, los edificios se adhieren a los relatos que sobre ellos se cuentan. Se prestan a ser el lugar de las historias, y en este rol, les dan corporeidad y las vuelven creíbles.

Sería falso decir que no encontramos estas narraciones en la arquitectura. Aparecen, especialmente, en lo publicado en historia de la arquitectura durante los últimos años. Es en esta rama de la disciplina donde, cada vez con más frecuencia, encontramos magníficos relatos que nos acercan a los edificios partiendo de las historias de las gentes y las cosas que los habitan. Un ejemplo de esto es cómo hemos agregado de manera tardía al catálogo de los edificios emblemáticos de la modernidad la casa E-1027 de Eileen Gray. Nos hemos acercado a ella a través de relatos habitados^[tres] y no del tipo de manifiesto que asociamos con el movimiento moderno. Estos textos nos revelan de una manera íntima y próxima los rincones de la casa a los que no es usual acceder en otros edificios canónicos de la modernidad.

Imaginemos cómo sería una sustentación de tesis —o una presentación de obra construida— en la que los dibujos, las maquetas, los prototipos de los detalles y los esquemas estén acompañados de relatos en los cuales el edificio aparezca habitado. Quizás el mayor problema de un lenguaje arquitectónico que no pretenda explicar al edificio de manera total esté en

la inevitable pérdida de hegemonía del arquitecto sobre el edificio. El rol, ya débil, del Arquitecto (con A mayúscula) en la producción de la cultura, quedaría puesto en duda. Por otro lado, hay mucho que ganar al pensar en la arquitectura desde la habitación; y, por supuesto, grandes historias.

Bibliografía

Forty, Adrian (2000). *Words and Buildings. A Vocabulary of Modern Architecture*. Londres: Thames & Hudson.

Benjamin, Walter (1991). *El narrador*. Traducción de Roberto Blatt. Madrid: Taurus.

[tres] Recomendamos a los curiosos leer el artículo «The Sovereignty of Interpretation», de Sandra Bartoli y Sivan Linden, publicado en el número 6 de la revista *San Rocco* (2013).



↑ Este es el lugar donde se escribió el ensayo. Studio 28, Schloss Solitude. Stuttgart, Alemania.